

Psicología de la liberación y ciencias sociales¹

Luis Armando González²

Resumen

Este artículo trata de dar respuesta a lo que es la psicología de la liberación, según Ignacio Martín-Baró, a cuál fue el paradigma de las ciencias sociales en el que se inscribieron sus tesis básicas, y cuáles son los desafíos que le plantean a la psicología de la liberación los nuevos desarrollos de las ciencias sociales tras la crisis del paradigma estructural totalizante. El autor termina formulando la siguiente pregunta: ¿es responsabilidad intrínseca de las ciencias sociales apoyar la realización de un cambio político liberador?

Introducción

El propósito de estas notas es ensayar una respuesta a las siguientes interrogantes: (a) ¿qué es la psicología de la liberación, según Ignacio Martín-Baró?; (b) ¿cuál fue el paradigma de las ciencias sociales en el que se inscribieron sus tesis básicas?; y (c) ¿cuáles son los desafíos que le plantean a la psicología de la liberación los nuevos desarrollos de las ciencias sociales tras la crisis del paradigma estructural totalizante? En tres apartados sucesivos se tratará de ensayar una respuesta a cada una de ellas.

Una aclaración pertinente es que el planteamiento que aquí se hace —discutible en todos sus aspectos— está animado por una actitud crítica hacia la obra de Ignacio Martín-Baró, lo cual es, a mi manera de ver, la mejor forma de reconocer su legado a la psicología latinoamericana. Por el respeto que se merece como intelectual, es ineludible hacerse la pregunta acerca de cuánto de lo aportado por él, más allá del impacto del momento, continúa vigente en el *corpus* científico de la psicología. No hacerse esta pregunta —y no intentar responderla con honestidad— sería traicionar la he-

1. El autor agradece a Elena Berrocal por la lectura atenta que hizo de este texto, así como por sus valiosos comentarios y sugerencias.
2. Maestro en Ciencias Sociales por la FLACSO-México. Director del Centro de Información, Documentación y Apoyo a la Investigación (CIDAI), de la Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas (UCA).

rencia de un hombre que hizo ciencia y que dedicó su vida a la ciencia. La crítica honesta es el mejor homenaje que se puede hacer a la obra de un hombre que hizo de la crítica teórica y ética un instrumento privilegiado de análisis psicosocial.

1. La contribución de Martín-Baró

Sin duda alguna, Ignacio Martín-Baró contribuyó de manera decisiva a fundamentar teóricamente la llamada "psicología de la liberación". A través de libros y artículos dedicados al análisis de los problemas psicosociales más importantes de El Salvador y América Latina —la violencia política, la represión, los mitos culturales, el sometimiento de la mujer, las ideologías—, Martín-Baró dio vida a un bagaje conceptual y metodológico que, en su momento, sirvió para avanzar en la comprensión de la compleja realidad psicosocial latinoamericana. En la actualidad, ese bagaje conceptual y metodológico se ha convertido en un referente para la psicología latinoamericana; algo a lo que innumerables psicólogos se remiten a la hora de medir los supuestos y alcances de su quehacer intelectual y profesional.

Autores como Amalio Blanco —por ejemplo— insisten en que uno de los mayores aportes de Martín-Baró consistió en haber establecido las bases de una psicología de la liberación, la cual arranca de "la primacía de los problemas sobre las teorías, de la realidad sobre los conceptos; la esencial historicidad del ser humano que requiere de un aparato teórico tan adecuado a su realidad y circunstancia [...] como alejado del patriotismo psicológico... el compromiso con el cambio de un orden social que alimenta condiciones materiales [...] que atentan contra las diversas manifestaciones del bienestar; el fluido devenir entre las estructuras objetivas y subjetivas, entre el orden social y la estructura de conciencia, entre las condiciones sociales y el mundo de las actitudes y representaciones personales [...]"³.

Como puede verse, se trata un conjunto de aportes que, condensados en la cita de Blanco, constituyeron las líneas maestras de la actividad intelectual de Ignacio Martín-Baró: (a) primacía de la realidad sobre las teorías; (b) la historicidad del ser humano; (c) una psicología social comprometida con el cambio social; (d) los nexos dinámicos existentes entre la subjetividad individual y la estructura social; y (e) la ideología como configuradora de las acciones humanas...

Estos ejes conceptuales —éticos y políticos— aparecen una y otra vez en las reflexiones de Martín-Baró. A medida que los desarrollaba y trataba teóricamente, avanzaba sus tesis acerca del carácter específico que debía tener una psicología social a la altura de las circunstancias latinoamericanas: una psicología "capaz de aportar su colaboración positiva a la historia de nuestros pueblos"⁴.

Para ello, la psicología latinoamericana debía "rechazar de una vez por todas el individualismo abstracto que la ha dominado hasta hoy, y volver a enfocar al hombre desde su situación y desde una historia real latinoamericana, que es una situación y una historia social"⁵. Este viraje epistemológico —porque abre nuevas rutas en el conocimiento de lo humano— y metodológico —porque plantea y exige otros supuestos y búsquedas, y conduce a otros resultados— debe llevar a una nueva conceptualización ("identidad") de la psicología latinoamericana: una psicología que tenga como objetivo "posibilitar la libertad social e individual"⁶, al tiempo que historicice su quehacer en cada realidad concreta, lleve hasta sus últimas consecuencias los desafíos teóricos y prácticos planteados por su objeto de estudio —la acción en cuanto ideológica—, inserte el quehacer del psicólogo social en el entramado socio-histórico de su época⁷ y prefiera, a las afirmaciones genéricas, la inmediata concreción del individuo y la sociedad⁸.

Si es consecuente con esas exigencias, que además de teóricas son éticas y políticas, la psico-

3. A. Blanco, "Introducción" a Blanco, A. (ed.), *Psicología de la liberación*, Madrid: Trotta, 1998, p. 33.

4. E. Cabrera, "Una entrevista con Ignacio Martín-Baró". *Revista de Psicología de El Salvador*, 37, 1990, p. 300.

5. *Ibid.*

6. I. Martín-Baró, *Acción e ideología. Psicología social para Centroamérica*, San Salvador, UCA Editores, 1983, p. 48.

7. *Ibid.*, pp. 47-48.

8. Ver I. Martín-Baró, "Introducción" al libro *Problemas de psicología social en América Latina* (Prólogo, selección y notas de Ignacio Martín-Baró). San Salvador, UCA Editores, 1983, p. 10.

logía va a poder responder adecuadamente a tres tareas que le plantea la realidad latinoamericana:

(a) *la recuperación de la memoria histórica*: “recuperar la memoria histórica significará recuperar no sólo el sentido de la propia identidad, no sólo el orgullo de pertenecer a un pueblo así como de contar con una tradición y una cultura, sino, sobre todo, de rescatar aquellos aspectos que sirvieron ayer y que servirán hoy para la liberación”⁹.

(b) *Contribuir a la desideologización de la experiencia cotidiana*: “desideologizar significa rescatar la experiencia original de los grupos y personas y devolvérsela como dato objetivo, lo que les permitirá formalizar la conciencia de su propia realidad verificando la realidad del conocimiento obtenido”¹⁰.

(c) *Potenciar las virtudes de los pueblos latinoamericanos*: “por no referirme más que a mi propio pueblo, el pueblo de El Salvador, la historia contemporánea ratifica día tras día su insoportable solidaridad en el sufrimiento, su capacidad de entrega y de sacrificio por el bien colectivo, su tremenda capacidad humana de transformar el mundo, su esperanza en un mañana que violentamente se les sigue negando... ¿Cómo es posible que nosotros, psicólogos latinoamericanos, no hayamos sido capaces de descubrir todo ese rico potencial de virtudes en nuestros pueblos y que, consciente o inconscientemente, volvamos nuestros ojos a otros países y a otras culturas a la hora de definir objetivos e ideales”¹¹.

La psicología, en América Latina, sólo podrá contribuir a la recuperación de la memoria histórica, la desideologización de la experiencia cotidiana y la potenciación de las virtudes populares —en

definitiva, a la liberación de los pueblos latinoamericanos—, si se asume y se perfila como una psicología de la liberación. “Si queremos que la psicología realice algún aporte significativo a la historia de nuestros pueblos... necesitamos replantearnos nuestro bagaje teórico y práctico, pero replanteárnoslo desde la vida de nuestros propios pueblos, desde sus sufrimientos, sus aspiraciones y sus luchas. Si se me permite formular esta propuesta en términos latinoamericanos hay que afirmar que si pretendemos que la psicología contribuya a la liberación de nuestros pueblos, tenemos que elaborar una psicología de la liberación”¹². ¿Cuáles son los perfiles que deben caracterizar a esa psicología de la liberación?

En primer lugar, *un nuevo horizonte*. La psicología social debe *descentrar su atención de sí misma*, despreocuparse de su estatus científico y so-

cial y proponerse un servicio eficaz a las necesidades de las mayorías populares”¹³. Es decir, la psicología social debe salir de ella misma —como ciencia— y abocarse a una realidad que está fuera de ella: las necesidades de las mayorías populares. Son esas mayorías el objeto de su trabajo. Su miseria, dependencia, marginalidad y explotación es lo que debe preocupar al psicólogo social. El horizonte de la psicología de la liberación se encuentra, pues, fuera de ella, fuera de los cánones y las exigencias puramente científicas; se encuentra —insistimos— en las mayorías populares y sus necesidades más apremiantes, entre las cuales la prioritaria es “su liberación histórica de unas estructuras sociales que las mantienen oprimidas, hacia esa área debe enfocar su preocupación y esfuerzo la psicología”¹⁴.

Ignacio Martín-Baró contribuyó de manera decisiva a fundamentar teóricamente la llamada “psicología de la liberación” [...], dio vida a un bagaje conceptual y metodológico que, en su momento, sirvió para avanzar en la comprensión de la compleja realidad psicosocial latinoamericana.

9. E. Cabrera, *ibíd.*, p. 300.

10. *Ibíd.*, pp. 301-302.

11. *Ibíd.*, p. 302.

12. I. Martín-Baró, “Hacia una psicología de la liberación”. En A. Blanco, *ibíd.*, p. 295.

13. *Ibíd.*, p. 296.

14. *Ibíd.*

En segundo lugar, *una nueva epistemología*. “El objetivo de servir a la liberación de los pueblos latinoamericanos exige una nueva forma de buscar el conocimiento: la verdad de los pueblos latinoamericanos no está en su presente de opresión, sino en su mañana de libertad; la verdad de las mayorías populares no hay que encontrarla sino que hay que hacerla”. Si la epistemología —como enseñó Kant— quiere dar cuenta de las *condiciones, límites y posibilidades* del conocimiento humano, para la psicología social de la liberación esas condiciones, límites y posibilidades se encuentran en las mayorías populares, cuya realidad es fuente y criterio de verdad. “Sólo desde ahí la teorías y modelos mostrarán su validez o su deficiencia, su utilidad o su inutilidad, su universalidad o su provincialismo, sólo desde ahí las técnicas aprendidas mostrarán sus potencialidades liberadoras o sus semillas de sometimiento”¹⁵.

Y, en tercer lugar, *una nueva praxis*. “Para adquirir un nuevo conocimiento [no basta] con ubicarnos en la perspectiva del pueblo, es necesario involucrarnos en una nueva praxis, una actividad transformadora de la realidad que nos permita conocerla no sólo en lo que es, sino en lo que no es, y ello en la medida que intentemos orientarla hacia aquello que debe ser”¹⁶. Así pues, el psicólogo latinoamericano no sólo debe situarse en el lugar de las mayorías populares, sino que debe insertar su quehacer en los procesos de cambio social orientados a favorecer a esas mayorías. “Si no nos embarcamos en ese nuevo tipo de praxis, que además de transformar la realidad nos transforme a nosotros mismos, difícilmente lograremos desarrollar una

psicología que contribuya a la liberación de nuestros pueblos”¹⁷. En este sentido, el psicólogo social tiene que ser parcial —tomar partido por las mayorías populares—, sin dejar de ser objetivo; es decir, asumiendo una parcialización que sea coherente con los propios valores, lo cual sólo puede ser resultado de una opción ética¹⁸.

En resumen, desde la óptica de Ignacio Martín-

... “la psicología social debe *descentrar su atención de sí misma*, despreocuparse de su estatus científico y social y proponerse un servicio eficaz a las necesidades de las mayorías populares”.

Baró, en América Latina, la psicología sólo puede ser liberadora si se descentra de sí misma: volcando su atención hacia las mayorías populares; si se nutre de un nuevo horizonte epistemológico: que busque la verdad en la realidad de esas mayorías; y si se inserta en una nueva praxis: aquella orientada a liberar históricamente a las mayorías populares.

2. Ciencias sociales: los aportes de los años setenta y ochenta

La interrogante que orienta este apartado es la siguiente: ¿cuál fue el paradigma de las ciencias sociales en el que se inscribieron las tesis básicas de la psicología de la liberación?

Se trata de una pregunta que remite al momento de gestación de las tesis fundamentales de la psicología de la liberación, tal como fueron establecidas por Ignacio Martín-Baró. Para ponerlo en fechas, necesitamos situarnos en las décadas de los años setenta y ochenta, lapso en el cual nuestro autor va desarrollando y afinando sus planteamientos acerca de la psicología latinoamericana hasta culminar las elaboraciones previas a su muerte¹⁹, en las que se encuentra una formulación firme y depurada de tesis que surgieron no de una

15. *Ibid.*, p. 298.

16. *Ibid.*, p. 299.

17. *Ibid.*, p. 300.

18. *Ibid.*

19. Amalio Blanco inicia su compilación de trabajos sobre la psicología de la liberación, escritos por Martín-Baró, con el artículo “Presupuestos psico-sociales del carácter”, cuyo título original es “Presupuestos psicosociales de una caracteriología para nuestros países”, publicado en 1972 en la Revista *ECA* (290, pp. 765-786). Blanco cierra su antología con el capítulo titulado “La liberación como horizonte de la psicología”, en el que se fusionan los artículos “El reto popular de la psicología en América Latina” (*Boletín de Psicología*, 26, 1987, pp. 251-179) y “Retos y perspectivas de la psicología latinoamericana”, conferencia pronunciada el 24 de mayo de 1989, en la

vez, sino a partir de un proceso arduo de reflexión y búsqueda intelectual²⁰.

Las décadas de los años setenta y ochenta, en América Latina, fueron décadas dominadas, en el plano del quehacer científico social, por los enfoques macro, es decir, por los planteamientos totalizantes. Varias escuelas y tendencias alimentaban a los distintos análisis de la realidad social vigentes en América Latina.

El estructuralismo y el funcionalismo se hacían sentir en lo que aún era vigente —o estaba en boga— de la teoría de la modernización, cuya formulación más acabada, en América Latina, fue obra de Gino Germani²¹. Tampoco era ajena a aquellas tradiciones intelectuales la propuesta de análisis e interpretación de los regímenes burocrático-autoritarios elaborada por Guillermo O'Donnel²².

El desarrollismo —sobre la base de los aportes clásicos de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL)— había dejado su huella en la intelectualidad latinoamericana: la tesis sobre las relaciones entre el centro y la periferia, y sus ideas sobre el desequilibrio exterior, la heterogeneidad estructural y el desempleo, y la especialización y el deterioro en los términos de intercambio²³. El influjo de los planteamientos weberianos —particularmente los plasma-

dos en *Economía y sociedad*²⁴ — se hacían sentir a través de los estudios de José Medina Echavarría, quien llega a ver a América Latina como un “fragmento de la cultura occidental”²⁵.

Asimismo, Medina Echavarría asume el concepto de “dualismo estructural” —de procedencia cepalina—, pero lo examina a la luz de una contraposición más englobante: la contraposición entre lo tradicional y lo moderno, que, en su perspectiva,

marca el proceso de desarrollo latinoamericano desde el siglo XIX²⁶. Anticipa, así, una forma de ver la situación de América Latina que será retomada por algunas versiones de la teoría de la dependencia: el *colonialismo interno* (R. Stavenhagen²⁷).

Hablar de la teoría —mejor dicho, de los enfoques— de la dependencia es remitirse, ante todo, al influjo del marxismo tanto en sus versiones leninistas como althusserianas y gramscianas. Por supuesto, la lectura e influjo de los textos de Marx y Engels —*El capital*, la primera parte de la *Ideología alemana*, el *Manifiesto comunista*, la *Crítica al programa de Gotha*, la *Guerra civil en Francia*, etc.— no faltaron en las interpretaciones de la realidad latinoamericana que se forjaron en los años setenta y ochenta. Sin embargo, aparte de una pocos que pretendían ponerse en línea directa

... desde la óptica de
Ignacio Martín-Baró, en América
Latina, la psicología sólo puede ser
liberadora si se descentra de sí misma
[...], si se nutre de un nuevo horizonte
epistemológico [...] y si se inserta
en una nueva praxis:
aquella orientada a liberar
históricamente a las mayorías
populares.

Universidad de Guadalajara (México) y recogida en G. Pacheco y B. Jiménez (eds.), *Ignacio Martín-Baró (1942-1989). Psicología de la liberación para América Latina*. Guadalajara, ITESO, 1990, pp. 51-59. En este sentido, es legítimo tomar el período 1970-1989 como el lapso de elaboración de la propuesta teórica de Martín-Baró acerca de la psicología de la liberación.

20. Es seguro que Martín Baró, de no haber sido asesinado, hubiera afinado mucho más sus ideas. Ello no quiere decir, empero, que sus últimos planteamientos no estén lo suficientemente acabados como para no asumir su obra como algo maduro y definitivo.

21. Ver G. Germani, *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires: Paidós, 1963.

22. Ver G. O'Donnel, *Modernización y autoritarismo*, Buenos Aires: Paidós, 1972.

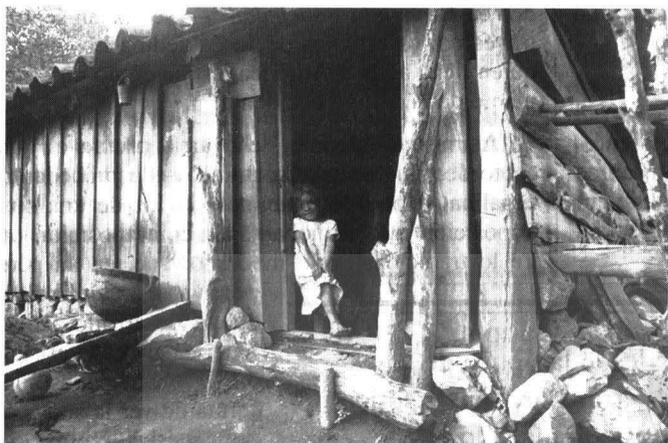
23. Ver F. Zapata, *Ideología y política en América Latina*, México: FCE, 1990, pp. 149-154.

24. Ver M. Weber, *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*, México: FCE, 1992.

25. F. Zapata, *ibíd.*, p. 160.

26. *Ibid.* A propósito del pensamiento de Medina Echaverría, ver J. Maestre Alfonso (ed.), *José Medina Echaverría*. Madrid: Ediciones de Cultura Hispánica, 1991.

27. Ver R. Stavenhagen, *Las clases sociales en las sociedades agrarias*, México: Siglo XXI, 1971.



con Marx y Engels, los intelectuales latinoamericanos se adscribían a las relecturas que, desde la problemática latinoamericana, se habían venido haciendo de Marx desde el primer cuarto del siglo XX. Los aportes de José Carlos Mariátegui influyeron en quienes pretendían latinoamericanizar los planteamientos marxistas, pero más decisivas todavía fueron las elaboraciones que se englobaron bajo el término “teoría de la dependencia”, que, en realidad, fue una mezcla de diversos planteamientos, a veces no del todo coherentes entre sí ni tampoco del todo ajenos, algunos de ellos, a aportes teóricos no marxistas.

Al respecto, el sociólogo Francisco Zapata²⁸ distingue tres corrientes de la dependencia: (a) la concepción de André Gunder Frank²⁹, quien intro-

duce la noción del “desarrollo del subdesarrollo” como rasgo característico de la realidad latinoamericana: América Latina reproduce su *subdesarrollo colonial*, lo cual quiere decir que, sin un cambio estructural revolucionario, no avanzará —como piensan los teóricos del desarrollismo y la modernización— hacia el desarrollo, sino que profundizará su atraso; (b) el enfoque de Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto, quienes centran su atención en el impacto del sistema capitalista internacional en la dinámica de los sistemas sociopolíticos latinoamericanos³⁰. Para ambos autores, “la especificidad de la situación actual de dependencia está en

que los ‘intereses externos’ radican cada vez más en el sector de producción para el mercado interno [...] y, consiguientemente se cimientan en alianzas políticas que encuentran apoyo en las poblaciones urbanas”³¹; y (c) el planteamiento de Ruy Mauro Marini, quien presta atención a la dimensión económica de la dependencia. Este autor introduce las nociones *superexplotación del trabajo* y *subimperialismo*³², ésta última para referirse a países que, como Brasil, aunque subdesarrollados, se imponen sobre otros de menos desarrollo relativo. Para Marini, “el fundamento de la dependencia es la superexplotación del trabajo”³³.

Las elaboraciones de la teoría de la dependencia crearon, pues, un clima intelectual del cual era difícil sustraerse en una época en la cual la situa-

28. Cabe señalar que en torno a las tendencias apuntadas por Zapata (*ibid.*, pp. 230-261) proliferaron gran variedad de análisis (en artículos y libros), que extendieron el influjo de la “teoría de la dependencia” en los ambientes intelectuales y políticos latinoamericanos. Una somera revisión bibliográfica nos pone en la pista de los temas y conceptos que se desarrollaron en el debate dependencista. Estos son algunos títulos significativos de ese debate: AAVV, *América Latina: dependencia y subdesarrollo*. San José (Costa Rica), EDUCA, 1975; Th. Dos Santos, *Imperialismo y dependencia*, México: ERA, 1978; S. De la Peña, *El antidesarrollo de América Latina*, México: Siglo XXI, 1972; A. Cueva, *El desarrollo del capitalismo en América Latina*, México: Siglo XXI, 1977; O. Ianni, *Imperialismo y cultura de la violencia en América Latina*, México: Siglo XXI, 1971; O. Caputo, R. Pizarro, *Dependencia y relaciones internacionales*, San José (Costa Rica), EDUCA; 1974; S. De la Peña, *El modo de producción capitalista. Teoría y método de investigación*, México: Siglo XXI, 1978; AAVV, *La dependencia político económica de América Latina*, México: Siglo XXI, 1970; AAVV, *Las clases sociales en América Latina*, México: Siglo XXI, 1973; C. Furtado, *La economía latinoamericana. Formación histórica y problemas contemporáneos*, México: Siglo XXI, 1975.

29. Ver A. Gunder Frank, *América Latina: Subdesarrollo y revolución*, México: ERA, 1969; A. Gunder Frank, *Acumulación dependiente y subdesarrollo*, México: ERA, 1976.

30. F. Zapata, *ibid.*, p. 230.

31. F.H. Cardoso, E. Faletto, *Dependencia y desarrollo en América Latina*, México: Siglo XXI, 1973, p. 164.

32. Ver R.M. Marini, *Dialéctica de la dependencia*: México: ERA, 1973.

33. *Ibid.*, p. 101.

ción sociopolítica obligaba a tomar una posición clara en torno a la transformación de las sociedades latinoamericanas. Había una afinidad muy marcada entre muchos de los planteamientos dependencistas y la revolución cubana; aquellos veían en ésta —directa o indirectamente— la solución práctica a los problemas de la dependencia y el subdesarrollo. Ya fuera que se inspiraran en las tesis económicas de Marx o en las tesis de la CEPAL —o generalmente, en una mezcla de ambas—, la apuesta política de los dependencistas era por la revolución cubana, en el marco de la cual sus aportes adquieren significado³⁴.

Otra elaboración que cobró auge en las décadas de los años setenta y ochenta —sumando conceptos y preocupaciones al ambiente intelectual— fue la de Paulo Freire, quien se propuso fundar una pedagogía liberadora³⁵. Su obra más influyente, *Pedagogía del oprimido* (1970), no sólo es una crítica a la “educación bancaria”, sino una guía práctica (terapéutica) para que los oprimidos “descubran” al opresor que alojan en su interior. “La pedagogía del oprimido, que no puede ser elaborada por los opresores, es un instrumento para ese descubrimiento crítico: el de los oprimidos por sí mismos y el de los opresores por los oprimidos, como manifestación de la deshumanización”³⁶. De lo que se trata para Freire es de educar para la libertad y para la liberación, lo cual exige al educador comprometerse con una *praxis conscientizadora*, entendida como una “acción cultural para la liberación”. Dos libros, además del mencionado, son claves en el itinerario de este autor: *La educación como práctica de la libertad* (1969) y *La importancia de leer y el proceso de liberación* (1984), cuyos títulos mismos anuncian sus preocupaciones fundamentales.

Complemento de las tesis pedagógicas de Freire fueron las tesis de Armand Mattelart sobre los me-

dios de comunicación multinacionales —“los aparatos ideológicos del imperialismo”— y su influjo en la realidad latinoamericana. Para Mattelart, ese es un campo más de la lucha de clases, un campo en el que circulan las “mercancías culturales”, las cuales son parte de los engranajes del imperialismo en su nueva fase de acumulación internacional de capital³⁷. De las expresiones más célebres de Mattelart —a tono con el discurso teórico político de la época—, la siguiente es significativa: “toda estructura de poder es total y es precisamente esta totalidad la que demuestra la intimidad entre la infraestructura económica y los factores superestructurales. Una prueba más de que la comunicación no es sino un problema político”³⁸.

En definitiva, en las décadas de los años setenta y ochenta, desde la sociología, la política, la economía y la pedagogía se generan un cúmulo de conceptos, enfoques e interpretaciones de la realidad latinoamericana —de su pasado, su situación actual y sus perspectivas— de los cuales era difícil sustraerse: eran las herramientas de análisis vigentes y aceptadas como las más adecuadas para aproximarse a una realidad compleja y cambiante. Ese conjunto de elaboraciones intelectuales estaban dominadas —más allá de las diferencias existentes entre ellas— por el horizonte de lo macro. Ya fuera en las visiones estructuralistas, en las desarrollistas, en las variantes de la teoría de la dependencia o en la pedagogía de Freire lo que prevalecía era el todo, lo global, lo colectivo, lo estructural, siendo la parte —se tratara de los individuos o las economías particulares— algo subordinado al —y sólo explicado por el— todo: la economía mundial, la formación económico social, el proceso de liberación, la estructura económica...

Fue en este clima intelectual que la psicología de la liberación forjó muchos de sus instrumentos conceptuales. En ella dominan las formulaciones

34. Obviamente, una de las grandes limitaciones de los dependencistas fue no haber previsto la posibilidad de un nuevo esquema de dependencia y subdesarrollo, ya no con en relación al capitalismo, sino entre el bloque socialista, concretamente la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, y los miembros más atrasados del sistema (como Cuba).

35. Otros aportes conceptuales y temáticos provinieron de la teología de la liberación. Aquí la dejamos de lado por no tratarse de una ciencia social propiamente dicha.

36. P. Freire, *Pedagogía del oprimido*, México: Siglo XXI, 1970, p. 35.

37. Ver A. Mattelart, *Multinacionales y sistemas de comunicación*, México: Siglo XXI, 1976, pp. 9-12. Ciertamente, Mattelart no estuvo sólo en este esfuerzo: fue acompañado por Ariel Dorfmann quien tenía preocupaciones semejantes a las suyas. Ejemplo de ello es su libro conjunto *Para leer al pato Donald*, México: Siglo XXI, 1975.

38. A. Mattelart, *Agresión desde el espacio. Cultura y napalm en la era de los satélites*, México: Siglo XXI, 1978, p. 10.

macro —mayorías populares, liberación, opresión, cambio estructural, subdesarrollo, revolución, pobres, bien colectivo, praxis, etc.—, propias de una época dominada, como hemos señalado, por la primacía del todo. Y no es que no aparezca lo individual; claro que aparece, pero como una realidad de naturaleza social, es decir, como una realidad modelada por la sociedad, claro está no de un modo pasivo, sino de un modo dinámico. “Afirmar que el ser humano es un animal social por naturaleza —dice Martín-Baró— equivale a decir que su ser y su actuar están referidos o vinculados al ser y actuar de los demás”³⁹.

Pero, además de conceptos, la psicología de la liberación no fue ajena al encanto de las interpretaciones, también dominadas por lo global, que se hacían de la realidad latinoamericana de la época. La tesis fuerte que salía de los círculos dependencistas era que si los problemas latinoamericanos eran estructurales —dependencia, subdesarrollo, pobreza, opresión—, la solución tenía que ser estructural, lo cual quería decir: *cambio estructural, revolución, liberación*.

Así, crear una psicología de la liberación era poner a tono a la psicología y a los psicólogos con los desafíos estructurales del momento. La psicología de la liberación asumió el diagnóstico (teórico) de los dependencistas (en sus varias versiones y matices) y asumió el desafío práctico que se desprendía de ese diagnóstico: *el compromiso con el cambio de las estructuras*. En ambas situaciones,



39. I. Martín-Baró, *Acción e ideología...* p. 53.

40. I. Martín-Baró, “Hacia una psicología de...”, p. 296.

domina el todo, lo macro: si los problemas de América Latina son estructurales, colectivo debe ser el esfuerzo por terminar con esos problemas. Si macro era el horizonte de la psicología social: *las mayorías populares*; macro era su supuesto epistemológico: *el pueblo oprimido* como lugar de verdad; y macro era la orientación de su praxis: *la liberación de los pueblos latinoamericanos*.

Para finalizar con este segundo apartado es preciso señalar que la psicología de la liberación, en la formulación de Martín-Baró, asumió creativamente el horizonte conceptual (científico social) de los años setenta y ochenta. Es decir, lo integró en los marcos —conceptuales y metodológicos— propios de la psicología. No se trató, insistimos, de una asimilación mecánica y difusa: los conceptos, temas, preocupaciones e interpretaciones de las ciencias sociales se integraron a un marco de preocupaciones propiamente psicológicas, en donde adquirieron nuevos matices y sentidos. Sin embargo, aquel horizonte conceptual le marcó —no le determinó— a la psicología de la liberación un rumbo analítico y de opciones políticas del que no era fácil sustraerse. Este rumbo, entre otras cosas, se decantó hacia una perspectiva predominante en la época: la que pensaba que la validación teórica de un planteamiento dependía (o era inseparable) de su eficacia política.

En otras palabras, para tener verdad había que incidir eficazmente (políticamente) en la realidad social. La propuesta teórica de Martín-Baró está penetrada de este espíritu, pues, en su opinión, la psicología “debe despreocuparse de su *status* científico y social y proponerse un servicio eficaz a las necesidades de las mayorías populares”⁴⁰. Cuanto más eficaz en ese servicio —pareciera decirnos—, más verdadera como saber psicológico.

En la década de los años noventa, una postura como la señalada desata no pocas críticas. En la actualidad, hay mucha insistencia en separar —y dar autonomía a— ambas dimensiones: una cosa, se nos dice, es la *validez teórica* de un conocimiento, para lo cual hay criterios intracientíficos, y otra muy distinta es la *eficacia política* del

saber, lo cual no dice nada sobre su validez conceptual. Pero para tener más claridad sobre este argumento es preciso volver la vista hacia el panorama de las ciencias sociales en la presente década, lo cual pondrá en la pista de los desafíos que éstas plantean a la psicología latinoamericana.

3. Ciencias sociales: los desafíos de los años noventa

Ante todo, hay que decir que en los años noventa —en realidad ya desde finales de los años ochenta— en América Latina las ciencias sociales se han desdibujado. La teoría de la dependencia —en sus distintas variantes— fue la primera en entrar en una situación de crisis: no sólo por la embestida de los militares —que la dejó sin sus mejores talentos—, sino también por su incapacidad para dar cuenta de los cambios económicos, políticos y sociales, que comenzaron a gestarse a lo largo de la década pasada y que en la actualidad marcan los derroteros de América Latina: inserción internacional, reforma del Estado, irrupción de la sociedad civil y democratización política⁴¹. Junto a la teoría de la dependencia, otras iniciativas intelectuales disminuyeron —casi al mínimo— su influjo: las ideas pedagógicas de Freire y las tesis sobre comunicación y cultura de Mattelart. En este momento, prácticamente han desaparecido incluso de los apartados bibliográficos de artículos, tesis y libros.

En su época de mayor éxito —la década de los años setenta—, el quehacer científico social latinoamericano se convirtió en una coraza que sólo filtraba aquello que era coherente con el horizonte conceptual predominante, esto es, con el horizonte

de lo macro. Así, las influencias externas —muchas de ellas ya en ese tiempo fuera de los cánones holísticos— no tenían más impacto que el que se les permitía dentro de los límites de las perspectivas dominantes: en relación a ellas, los enfoques o bien se convertían en un refuerzo de lo ya aceptado —piénsese, por ejemplo, en las revisiones del marxismo a lo Erich Fromm—, o bien eran

vistas como una expresión más de la ofensiva imperialista contra quienes luchaban por la liberación de los pueblos latinoamericanos. En uno y otro caso, los influjos externos —teóricos y metodológicos— eran filtrados a través de esquemas conceptuales bien elaborados.

En la actualidad, esos esquemas se han resquebrajado, con lo cual se han creado las condiciones para que las

influencias intelectuales provenientes del exterior se hagan sentir de un modo más directo y en toda su complejidad. Por diversas circunstancias históricas, la crisis de las ciencias sociales latinoamericanas ha coincidido con una revisión a fondo de los paradigmas que dominaron la vida intelectual europea y norteamericana desde finales del siglo XIX hasta la década de los años setenta⁴². Esa revisión se orienta en tres direcciones: (a) la crítica al humanismo ilustrado, (b) la crítica al sujeto colectivo, y (c) la búsqueda de una nueva articulación entre lo macro y lo micro⁴³. Antes de hacer un breve examen de cada una de esas orientaciones, hay que establecer que la psicología de la liberación —al igual que cualquier elaboración intelectual en América Latina— debe hacerse cargo de los desafíos que cada una de ellas —y todas en su conjunto— plantean.

La psicología de la liberación asumió el diagnóstico (teórico) de los dependentistas (en sus varias versiones y matices) y asumió el desafío práctico que se desprendía de ese diagnóstico: *el compromiso con el cambio de las estructuras.*

41. Ver M.A. Garretón, *Hacia una nueva era política. Estudio sobre democratizaciones*, México: FCE, 1995.

42. A decir verdad, esta revisión comenzó a finales de la década de los años sesenta, pero su mejor momento se inició en 1989, en el marco de los dramáticos cambios en Europa del este y la posterior desaparición de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

43. Para un examen global de la situación de las ciencias sociales contemporáneas, ver M. Hollins, *Filosofía de las ciencias sociales*, Barcelona: Ariel, 1998.

(a) *Crítica al humanismo ilustrado.* El principal portavoz de esa crítica es Niklas Luhmann⁴⁴, quien con su teoría de sistemas pone en entredicho la capacidad de los individuos —aislados o en grupo— para cambiar según su voluntad o designios al sistema social. La sociedad —como sistema— se produce y autoproduce a sí misma según sus propias necesidades y nada pueden hacer los individuos —como “entorno” de la sociedad que son— para evitar que las cosas sean así. Luhmann rechaza el supuesto fundamental de las visiones totalizantes tradicionales⁴⁵. Aquel que afirma que los hombres deben ser capaces de reconocer la totalidad a la que pertenecen y “estar dispuestos a orientar su vida según dicho conocimiento”⁴⁶. Para él esto es luchar contra molinos de viento: es el sistema el que se conoce a sí mismo (a través de la teoría social) y es el sistema el que, en el proceso de diferenciación “sistema-entorno”, orienta su propia vida. Así pues, en este autor está excluida —como hace notar Ignacio Izusquiza— la “perspectiva humanista al modo clásico de la tradición ilustrada”⁴⁷: “la sociedad no se compone de hombres ni de acciones humanas, como pensaba la sociología clásica y como parece obvio para el sentido común. *La sociedad se compone de comunicaciones*”⁴⁸.

¿Y la pobreza, la explotación, la marginalidad sociocultural, la corrupción y el autoritarismo? Son necesidades del sistema; desaparecerán cuando sus necesidades de producción y reproducción así lo requieran. Lo demás son ilusiones humanas, necesarias también —cuando se dan— para el sistema. Postura criticable la de Luhmann, pero no tan des-

cabellada. Si se mira sin apasionamientos la historia reciente de la humanidad y pese a los voluntarismos de todo signo (revolucionarios y reaccionarios), pocas cosas han cambiado en la dirección querida por sus ejecutores.

(b) *Crítica al sujeto colectivo.* Esta perspectiva teórica rechaza la idea de que los cambios sociales puedan ser resultado de la actividad de una colectividad orientada por una visión compartida de la realidad social. En los procesos de cambio social, quienes intervienen son los individuos, cuyas motivaciones, por lo general, obedecen a un cálculo egoísta de costo-beneficio. A lo más, lo que se tiene es una suma de esfuerzos individuales, cuyo propósito es satisfacer a quienes los realizan con el menor costo posible. Quienes así plantean las cosas son los “teóricos de la elección racional”, para lo cual se apoyan en el “individualismo metodológico” de procedencia weberiana⁴⁹, pero reformulado a la luz de las tesis desarrolladas por Mancur Olson en su libro *La lógica de la acción colectiva* (1965)⁵⁰.

Una de las corrientes más influyentes de la “elección racional” encuentra en autores como Roger Benjamin y James Buchanan a sus exponentes más agresivos. Dice Benjamin: “deseo examinar la utilidad del trabajo con el supuesto metodológico del hombre como ser de elección racional. A partir de esa sola suposición intentaré generalizar de individuos a grupos de elección colectiva (incluyendo instituciones sociales, económicas y políticas) para poder analizar los problemas asociados con el diseño de un gobierno en sociedades postindustriales”⁵¹. Por su parte, Buchanan

44. Ver L.A. González, “Teoría crítica versus teoría de sistemas: la confrontación Habermas-Luhmann”. *Realidad*, 41, 1994, pp. 785-812; L.A. González, “Política y postmodernidad (Lyotard, Popper, Luhmann y Habermas)”. *ECA*, 591-592, 1998, pp. 120-124.

45. Pareciera que Luhmann se inserta en la tradición de lo macro, con lo cual la novedad de su planteamiento no sería tal. Ésta es una visión simplista de Luhmann. Hay que tomar en cuenta que las visiones macro —las clásicas, las de filiación estructuralista— aceptan lo micro (el individuo), pero como portador de la totalidad. Para Luhmann, el individuo es algo externo al sistema. Ni expresa ni realiza a la totalidad (al sistema); a lo sumo, le sirve para su reproducción.

46. N. Luhmann, *Sistemas sociales. Lineamientos para una teoría general*, México: Alianza-Universidad Iberoamericana, 1991, p. 28.

47. I. Izusquiza, *La sociedad sin hombres. Niklas Luhmann o la teoría como escándalo*, Madrid: Anthropos, 1990, p. 12.

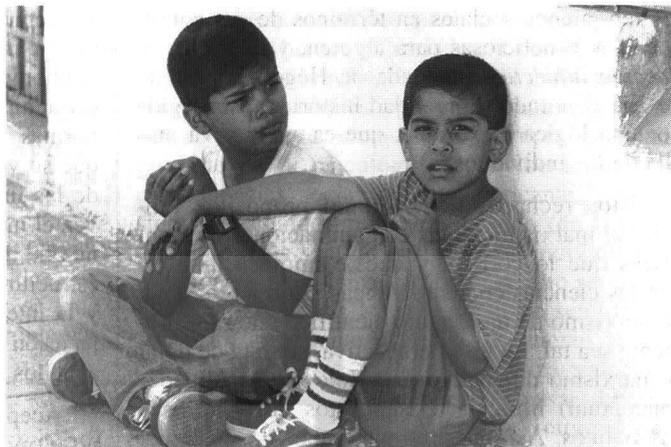
48. I. Izusquiza, *ibid.*, p. 11.

49. Ver L.F. Aguilar Villanueva, “El ‘individualismo metodológico’ de Max Weber”, *Revista mexicana de ciencias políticas*, 127.

50. M. Olson, *The Logic of Collective Action*, Cambridge, Mass., Harvard: University Press, 1965. Sobre el individualismo metodológico y la elección racional, ver L.A. González, “El ‘individualismo metodológico de Max Weber’ y las modernas teorías de la elección racional”, *Realidad*, 34, pp. 431-448.

51. R. Benjamin, *Los límites de la política*, México: Alianza Editorial mexicana, 1990, p. 20.

se esfuerza por ver los problemas políticos como problemas económicos: “no hay fronteras que puedan trazarse entre la ‘economía’ y la ‘política’ o entre ‘mercado’ y ‘gobierno’, tampoco entre el ‘sector privado’ y el ‘sector público’... Los economistas pueden contemplar la política, y el proceso político, en términos del paradigma del intercambio”⁵².



También el marxismo en una de sus corrientes contemporáneas —el marxismo analítico⁵³— se ha visto influido por la teoría de la elección racional. John Elster, uno de los autores más significativos en esta corriente, resume así la teoría de la elección racional: “que el comportamiento humano puede ser explicado en términos de elección racional se está convirtiendo en una opinión general, quizá incluso dominante, en las ciencias sociales. La teoría de la elección racional supone que la gente elegirá el curso de acción preferido o que considera mejor. Actuar racionalmente es elegir la mejor acción del conjunto factible... la persona elegirá la acción que piensa mejor se adapta a sus propósitos, lo que no quiere decir que sea la mejor en un sentido más objetivo. La explicación de la elección racional incorpora y reivindica la relación entre acción, motivos y creencias”⁵⁴.

Y sobre la acción humana individual dice lo siguiente: “la unidad elemental de la vida social es la acción humana individual. Explicar las instituciones sociales y el cambio social es mostrar que surgen como resultado de la acción e interacción entre los individuos”⁵⁵.

Una de las preocupaciones de Elster, al igual que para otros teóricos del marxismo analítico⁵⁶, gira en torno al problema de la articulación entre

las decisiones individuales y los intereses (y las acciones) colectivas. Para ello recurre a la “teoría de los juegos”, ya que “soy de los que creen —dice— que esta teoría ofrece un marco conceptual unificador para la mayoría de las ciencias sociales, pues nos capacita para tres tipos de interdependencia que penetran la vida social. Primero, el hecho de que la recompensa de cada uno depende de las recompensas de todos, por altruismo, envidia y cosas así; segundo, el hecho de que la recompensa de cada uno depende de las elecciones de todos, mediante la causalidad social general; y tercero, el hecho de que la elección de cada uno depende de las elecciones de todos mediante anticipación y cálculo estratégico”⁵⁷.

Por último, a la luz de los supuestos teóricos y metodológicos de la teoría de la elección racional —incorporados al marxismo analítico—, Elster hace una crítica al marxismo tradicional: (i) al *holismo metodológico*: la creencia de que en la vida social existen totalidades o colectividades; (ii) a la *explicación funcional*: a la propensión a explicar

52. J. Buchanan, *Ensayos sobre economía política*, México: Alianza Editorial mexicana, 1990, p. 28. La “ofensiva económica” proclamada por Buchanan es vista con preocupación por Pzeworski, quien tampoco es ajeno al influjo de la teoría de la elección racional. Ver A. Pzeworski, “Marxismo y elección racional”, *Zona Abierta*, 45, pp. 97 y ss.

53. Ver L.A. González, “Marxismo analítico: ¿una alternativa a la crisis teórica del marxismo?”, *Realidad*, 49, enero-febrero, 1996, pp. 135-152.

54. J. Elster, *Una introducción a Karl Marx*, México: Siglo XXI, 1992, pp. 28-29.

55. J. Elster, *Nuts and Bolts for the Social Sciences*. Citado por M. Hollins, *ibíd.*, p. 119.

56. Ver J.E. Roemer (comp.), *Marxismo: una perspectiva analítica*, México: FCE, 1989.

57. J. Elster, *ibíd.*, p. 31. Elster vuelve sobre el tema de la teoría de los juegos en otros escritos, de los cuales referimos dos: “Marxismo, funcionalismo y teoría de los juegos. Alegato a favor del individualismo metodológico”. *Zona Abierta*, 33, pp. 21-62; “Racionalidad, moralidad y acción colectiva revolucionaria”. *Zona Abierta*, 54-55, pp. 69-114.

los fenómenos sociales en términos de sus consecuencias beneficiosas para alguien; y (iii) a la *deducción dialéctica* heredada de Hegel: la opinión de que el mundo (la realidad histórica) está regida por una lógica inexorable, que es ajena y va más allá de los individuos⁵⁸.

Estos rechazos tienen como propósito "limpiar" al marxismo de las contaminaciones no científicas que lo corroen y que le impiden dialogar con las ciencias contemporáneas. Se trata de dotar al marxismo de un estatuto científico que rigurosamente sea tal. En esta perspectiva, se trata de dotar al marxismo de aparato metodológico (analítico y conceptual) libre de presupuestos doctrinarios y dogmáticos. Así, pues, el marxismo —y cualquier otro saber que pretenda dar cuenta científicamente de alguna parcela de la realidad social— no fundamenta la verdad de sus tesis en una normatividad ajena a la científica, sino en un respeto riguroso a la misma. Éxitos o fracasos revolucionarios podrán haber muchos, pero ni unos ni otros dicen nada acerca de la falsedad o verdad de las formulaciones de una ciencia social que en verdad sea tal; están allende de lo propiamente científico, que es lo que primordialmente debe interesarle al hombre de ciencia.

(c) *Búsqueda de una nueva articulación entre lo macro y lo micro*. Tanto la teoría de sistemas como la teoría de la elección racional llevan a una situación extrema el horizonte de las ciencias sociales. En un caso, la sociedad es todo autosuficiente, mientras que en el otro lo son los individuos. En ese escenario no han faltado los intentos por encontrar un camino intermedio que permita recuperar la mutua imbricación de la sociedad y el individuo. No se trata de defender el planteamiento tradicional, que sostiene que la realidad social es una estructura que puede ser alterada por los individuos si estos llegan a conocer sus mecanismos básicos de funcionamiento⁵⁹.

Se trata, más bien, de rescatar el papel de los actores y la acción individual en el marco de una

estructura social que se reproduce por aquellos. Quien mejor se ha movido en esta dirección es Anthony Giddens, quien "postula una 'dualidad de estructura' en la que la estructura proporciona las normas y los recursos implicados en la agencia, que su vez reproduce las propiedades estructurales de las instituciones sociales. La estructura es a la vez el medio y el resultado de la conducta cotidiana que desarrollan los actores. Para la teoría de la estructuración, por lo tanto, los agentes, la acción y la interacción se encuentran limitados por la dimensión estructural de la realidad social, pero son aquellos mismos agentes quienes la generan"⁶⁰.

Aceptación de la estructura (el sistema), pero no al margen de lo que cotidianamente hacen los actores individuales. Aceptación de los individuos, pero limitados en su acción por la estructura social. Ni sistema (estructura) sin individuos ni individuos solitarios sin sociedad. Síntesis difícil, ciertamente. Pero síntesis teóricamente fértil, ya que obliga al examen permanente, tanto de la realidad de los actores —más que "sujetos" "agentes"— como de la "contextualidad de la acción", donde se conforman las "situaciones de la acción, situaciones a cuyas cualidades recurren continuamente los agentes al orientar recíprocamente lo que hacen y dicen"⁶¹.

En fin, para Giddens la sociedad —la estructura social— se estructura permanentemente por la agencia cotidiana de los actores (los individuos). Estos, por su parte, realizan su agencia en un contexto social que los condiciona, pero que se genera por ellos. Es por ello que Giddens puede decir que "una sociedad es un sistema de *interrelaciones que vincula a los individuos*"⁶². Es decir, un sistema de acciones en el que los agentes (los actores, los individuos) contextualizan su vida cotidiana. El resultado de un planteamiento como el de Giddens es "una teoría omnímoda en la que la estructura [es] el medio por el que la acción reproduce la estructura en el que esta interacción dialéctica evoluciona en una síntesis dinámica"⁶³.

58. J. Elster, *Una introducción*, p. 23 y ss.

59. En la tradición marxista un buen ejemplo de este planteamiento se encuentra en H. Grossmann, *La ley de la acumulación y del derrumbe del sistema capitalista*, México: Siglo XXI, 1979.

60. A. Giddens, J. Turner, "Introducción" a VVAA, *La teoría social, hoy*, México: Alianza Editorial, 1990, p. 18.

61. A. Giddens, "El estructuralismo, el postestructuralismo y la producción de la cultura". En VVAA, *La teoría social hoy*, pp. 278-279.

62. A. Giddens, *Sociología*, Madrid: Alianza, 1998, p. 43.

63. M. Hollins, *ibíd.*, p. 274.

3. Reflexión final

La psicología social de la liberación, en la formulación de Ignacio Martín-Baró, tiene ante sí —en su diálogo ineludible con las ciencias sociales— el desafío de habérselas con tres corrientes de pensamiento social, que en la actualidad orientan el debate científico social.

(a) *La teoría de sistemas de Luhmann.* Obviamente, se puede pasar de largo por las ideas de Luhmann; al fin y al cabo, se puede decir, se trata de un europeo, quien poco sabe de los problemas y dilemas de los no europeos. Pero, ¿acaso no eran europeos Marx, Engels, Gramsci, Altusser? ¿Acaso no estudiaron en Europa y Estados Unidos los más talentosos exponentes de la teoría de la dependencia? En el caso de la psicología de la liberación, quizá lo más razonable sea dialogar críticamente con Luhmann⁶⁴; meditar sobre sus tesis; elaborar una propuesta que no dé la espalda a uno de los teóricos más lúcidos del siglo XX. Y,

por supuesto, la psicología de la liberación no debe (no debería) desatenderse de la exigencia teórica que Luhmann plantea al quehacer científico social: para él, una ciencia se valida no por su eficacia práctica (experimental o política), sino por su consistencia teórica. La ciencia para él es teoría. Es decir, la ciencia debe estar referida —en sus pretensiones de verdad— hacia ella misma. *La ciencia es un sistema* —el sistema de la ciencia: es autorreferente: está centrada sobre ella misma; y es *poiética*: se autorreproduce creando su propia estructura y los sistemas que la componen—⁶⁵.

(b) *La teoría de la elección racional y el marxismo analítico.* ¿Desafíos de la elección racional

y el marxismo analítico para la psicología de la liberación? Muchos y variados. Uno de los más importantes es la reivindicación del individuo, con sus motivos, pasiones, egoísmos, traumas y opciones. Ciertamente, el individuo siempre ha estado presente en la psicología de la liberación y en otras ciencias sociales latinoamericanas, pero ha sido visto como portador de un todo (de la sociedad) que le da sentido a su realidad individual. La elección racional lanza la pregunta: ¿no serán más bien los individuos los que dotan de sentido a la sociedad, inexistente más allá de quienes la integran? Quizá valdría la pena no pasar de largo sobre las implicaciones teóricas y metodológicas de esta forma de ver la realidad.

Otro desafío: el rechazo a la totalidad y a los planteamientos totalizantes⁶⁶. A la inversa de Luhmann, que apela a un sistema social que se reproduce por sí mismo, la elección racional no acepta una totalidad social (una colectividad) que sea algo más que la

suma de los individuos que la integran. Si esto es así, los discursos que apelan a esa totalidad (los discursos holísticos) son huecos, pues no dicen nada (o dicen poco) acerca de la realidad efectiva, es decir, la realidad de los individuos. Por muy descabellada o simplista que sea una formulación de este tipo, alguna respuesta tiene que elaborarse para confrontarla, pero esta deberá cuidarse de no repetir el lugar común de recurrir a discursos totalizantes (hegeliano marxistas) para defender la existencia de una totalidad social.

Finalmente, el desafío de volver a lo intracientífico para validar un discurso con pretensiones de científicidad. Esta exigencia aparece tanto en la

suma de los individuos que la integran. Si esto es así, los discursos que apelan a esa totalidad (los discursos holísticos) son huecos, pues no dicen nada (o dicen poco) acerca de la realidad efectiva, es decir, la realidad de los individuos. Por muy descabellada o simplista que sea una formulación de este tipo, alguna respuesta tiene que elaborarse para confrontarla, pero esta deberá cuidarse de no repetir el lugar común de recurrir a discursos totalizantes (hegeliano marxistas) para defender la existencia de una totalidad social.

Finalmente, el desafío de volver a lo intracientífico para validar un discurso con pretensiones de científicidad. Esta exigencia aparece tanto en la

64. Un buen referente para dialogar con Luhmann es Habermas; lamentablemente, este autor no pasó la prueba de los marxismos vigentes en América Latina en los años setenta y ochenta.

65. I. Izusquiza, *ibid.*, pp. 302-305.

66. Un rechazo que ha encontrado su formulación filosófica en el llamado postmodernismo. Ver G. Vattimo (comp.), *La secularización de la filosofía. Hermenéutica y postmodernidad*, México: Gedisa, 1990; L.A. González, "Neoconservadores, postmodernos y teóricos críticos", *Metapolítica*, 1, 1997, pp. 72-81.

formulación de Luhman como en la elección racional y el marxismo analítico: la ciencia no se valida con una normatividad (política, práctica) externa a ella. Si la psicología de la liberación pretende ser reconocida como una ciencia y, en ese sentido, dialogar con otras ciencias contemporáneas, quizá deba volver sobre sí misma —sobre sus formulaciones teóricas y su metodología— para validarse como tal, y dejar de apelar a la eficacia política (liberadora) de sus supuestos fundamentales⁶⁷. Una pregunta ineludible en este punto es la siguiente: ¿es responsabilidad intrínseca de las ciencias sociales apoyar la realización de un cambio político liberador? Para la elección racional (y el marxismo analítico), la respuesta es clara: no es tarea de la ciencia social en cuanto tal —otra cosa es que decidan hacerlo los científicos como ciudadanos— asumir semejante responsabilidad; y ello no resta ni añade nada a las verdades científicas. Desde esta perspectiva, lo mejor que pueden hacer las ciencias sociales por el hombre es esforzarse por conocer con rigor teórico y metodológico la realidad social. El problema de si esa ciencia sirve

para oprimir o para liberar es más un asunto de responsabilidad ciudadana que de validación o refutación científica.

(c) *La teoría de la estructuración de Giddens.* La psicología de la liberación no puede ser ajena a la problemática planteada por autores como Giddens. Las respuestas tradicionales al problema de las relaciones entre el individuo y la estructura social han revelado graves insuficiencias. De las tres orientaciones teóricas que hemos descrito, quizás la última de ellas pueda aportar más luces teóricas a una psicología de la liberación que, por un lado, quiera estar anclada en la realidad histórica y, por el otro, dialogar en pie de igualdad con las ciencias sociales contemporáneas. Explorar la posibilidad de ese diálogo —una vía a transitar podría ser el tema de la acción en cuanto ideológica— abriría espacio a una discusión teórica de la cual se podrían obtener ideas y conceptos que enriquecieran y actualizaran el acervo de la psicología latinoamericana.

San Salvador, 10 de noviembre de 1999.

67. Esta pretensión de validar una teoría por su eficacia política oculta algo importante: que quienes más seriamente defendieron esa idea se esforzaron por demostrar, con razonamientos bien elaborados (sustentados en extensos apartados bibliográficos), la consistencia teórica de su planteamiento. Es decir, su propia postura no se validaba políticamente, sino teóricamente. A la par de esto, una contradicción: quienes insistían en que la verdad de sus tesis se encontraba no en las teorías y métodos, sino en la realidad cotidiana de los pobres y oprimidos, hicieron sus análisis y estudios al amparo de imponentes respaldos teóricos y metodológicos, es decir, sin usar como fuente de autoridad y verdad (teórica) a los pobres y oprimidos. Incluso, lo que decían y escribían tenía como destinatarios, las más de las veces, a colegas científicos que también hacían y discutían teorías.